

MAYO NEGRO EN EL LIBANO

El 10 de abril, un comando israelita llegó a Beirut, capital del Líbano, y asesinó a dirigentes palestinos; huyó con facilidad, sin que el ejército libanés hubiese hecho grandes esfuerzos para interceptar a los atacantes, ni al llegar ni al salir. El jefe del gobierno, Saeb Salam, presentó su dimisión; fue rápidamente aceptada y le sustituyó Amin Hafez. Inmediatamente comenzó una campaña de hostilización de los palestinos. Y el ejército libanés, tan renuente a la hora de impedir el ataque israelí, fue dramáticamente eficaz contra los palestinos. Y contra sus campamentos, donde viven mujeres y niños.

En los combates del Líbano, los guerrilleros palestinos han contado 50 muertos, pero hay 75 muertos civiles, 250 heridos. Cañones pesados y aviones de bombardeo han lanzado sus proyectiles contra los campos de refugiados. Como en Jordania, en septiembre de 1970. El mes de septiembre, cuya catástrofe, cuya amargura, dio origen al grupo llamado "Septiembre negro", entregado a la venganza por la vía terrorista. ¿Puede hablarse de un mayo negro en el Líbano? Las autoridades libanesas se apresuran a decir que no es así, que no tratan de expulsar de su país a sus hermanos palestinos, y que este "incidente" no debe tener continuación, si se llega a un acuerdo con los palestinos... Los palestinos —Yasser Arafat— tratan de explicar a la opinión pública que lo que se les propone en el acuerdo puede ser el principio del fin, y que por eso no pueden aceptarlo. Que abandonen sus campamentos en las proximidades de Beirut, que dejen de formar un ejército por sí mismos y se pongan a las órdenes de los jefes del ejército libanés... En suma, lo que pretendía al principio el Rey Hussein de Jordania, que finalmente consiguió, con todas las ayudas y todos los vistos buenos posibles, expulsar a los palestinos. Líbano era su último refugio...

Esta situación es, naturalmente, la deseada por Israel. La política militar de los israelíes es perfectamente clara: separar a los palestinos de los otros árabes, hacer que los otros árabes comprendan que pueden tener paz y tranquilidad si se desprenden de sus molestos refugiados. El golpe del 10 de mayo tuvo esta gran utilidad de desencadenar una operación mayor. ¿Estaba prevista toda

esta operación? ¿La inactividad del ejército libanés estaba calculada? Cuando los palestinos acusaron a agentes americanos de esta operación, indicaban ya que todo estaba calculado desde el mismo Beirut, donde los atacantes se movieron con una asombrosa impunidad y donde disponían de considerables ayudas. Achacaban los palestinos estas ayudas a los americanos, por no denunciar abiertamente a los libaneses. Ahora ya lo hacen. Igualmente, en los combates de estos días pasados parece que hay una "tercera fuerza", que ha sido denunciada tanto por los palestinos como por las autoridades libanesas: algunos comandos no identificados que han provocado situaciones de combate, y que podrían ser agentes israelíes, jordanos o americanos. Incluso infiltrados entre los palestinos y los libaneses. En último caso, esta acusación contra la tercera fuerza puede ser útil en un momento determinado para buscar la paz entre los dos combatientes, cargando la responsabilidad a otros.

En el Líbano, la operación de expulsión y ataque de los palestinos no puede nunca ser tan fácil como en Jordania. El régimen duro de Hussein y los medios feudales de los que disponía le permitían efectuar la cacería de los palestinos impunemente. Incluso cuando una expedición militar salió de Siria para ayudar a los palestinos de Jordania, la Unión Soviética la detuvo, mientras los



Guerrilleros palestinos capturados por el ejército libanés.

Estados Unidos e Israel prometían ayuda militar a Jordania si esa expedición llegaba. Pocos días después, cambiaba el régimen sirio —como ahora ha cambiado el primer ministro libanés— y retiraba su ayuda a los palestinos.

En el Líbano, en cambio, existe mayor peligro de una guerra civil. Si bien las fuerzas enemigas de los palestinos, compuestas esencialmente por los cristianos (maronitas) y por las fuerzas conservadoras de la derecha, ocupan los puestos clave de gobierno y dirección, y, sobre todo, controlan el ejército, los grupos musulmanes y la izquierda favorecen a

los palestinos. En un momento dado, estas fuerzas nacionales podrían combatir a su lado, en busca de un cambio revolucionario a las estructuras libanesas. Probablemente, ese temor ha movido al presidente de la república, Suleiman Franjeh, y al nuevo primer ministro, Amin el Hafez, a contener unas operaciones que otros elementos más radicales hubiesen querido continuar hasta la expulsión o la sumisión total de los palestinos. Esto ha creado una nueva tensión: la de los jefes del ejército, maronitas, que acusan ahora a los miembros del poder civil de haberles detenido cuando tenían en sus manos la posibilidad de la limpieza total. Y no sólo de palestinos, sino también de revolucionarios. De forma que otra posibilidad no ya de guerra civil, sino de golpe de estado, está en puertas: la de la extrema derecha contra el gobierno que consideraban débil, o incapaz de la represión que ellos consideraban necesaria.

En todas sus declaraciones, el presidente de la república y el primer ministro niegan que haya habido nunca la intención de expulsar a los palestinos, y la idea de que pueda haber un "mayo negro" les parece "propaganda peligrosa". Pero ciertos hechos aparecen innegables: el ejército libanés no se movió para rechazar, perseguir o combatir a los israelíes que atacaron Beirut, y fue rápido y eficaz con sus bazookas, sus cañones y sus aviones contra hermanos árabes palestinos.



Un grupo de refugiados palestinos en el Líbano.